



Fotografía: Erik Sánchez.

Educación popular y cultura del trabajo

Pedagogía-s de la calle y pedagogía-s de la producción asociada*

Lia Tiriba

Programa de Posgrado en Educación, Universidade Federal Fluminense Niterói | Rio de Janeiro, Brasil
liatiriba@gmail.com

El trabajo se entiende como un importante elemento constitutivo de la existencia humana por muy diversas teorías pedagógicas. Dado que los procesos educativos van más allá de la escuela, pensamos que además de comprender la “pedagogía de la fábrica capitalista” hace falta desvelar otras pedagogías: la “pedagogía de la calle” y la “pedagogía de la producción asociada”. En este artículo presentamos algunos “retratos” y aportes teórico-prácticos que resultan de nuestras investigaciones acerca del mundo del trabajo en el que se desempeña una inmensa mayoría de la población latinoamericana que no ha conseguido acceder a la escuela, o a una escuela de calidad. Considerando los procesos productivos como instancias de educación de trabajadores, tejemos algunas consideraciones sobre

los horizontes político-pedagógicos de los procesos educativos impartidos (desde fuera) por los “técnicos” hacia los emprendimientos económicos asociativos. Reivindicamos la articulación entre economía popular, educación popular y educación de personas adultas, sin olvidar que en los países del “tercer mundo”, también los jóvenes, niños y viejos están buscándose la vida, lidiando con la perversa lógica excluyente del mercado capitalista.

Trabajadores ambulantes y trabajadores caminantes: retratos de la ciudad

He aquí algunos retratos de las grandes ciudades latinoamericanas. Son retratos de los actores de la economía popular: niños, jóvenes, adultos y mayores

que caminan por “la calle de la esperanza”: son los recogedores de botes vacíos de cerveza en la playa, los vendedores de croquetas de yuca en las aceras, los “boias-frias”^{***} que se volverán vendedores de hierbas medicinales, prostitutas/os, camellos, lavadores y guardadores de coches... En el mercado de trabajo callejero están de moda el hombre-estatua y los niños-malabaristas que, en los semáforos, asustando a los conductores, cercan los coches para demostrar que merecieron la pena las enseñanzas de la “escuela de la vida” (incluso de aquellos pocos años vividos en los pupitres de la EGB).

Los retratos de la gran ciudad también nos enseñan los trabajadores que perdieron o nunca adquirieron el estatus de pertenecer al “cuadro de empleados de tal empresa”. En Brasil, los trabajadores urbanos tienen sólo cuatro años de escolaridad en promedio, sin embargo, los trabajadores asociados presentan la más variada gama de calificaciones: metalúrgicos, psicólogos, enfermeros o recogedores de botes vacíos. Son los que, vía el asociativismo, organizan sus propios emprendimientos económicos.

Las estrategias populares de supervivencia son tan antiguas como el hambre. Hoy por hoy se han vuelto todavía más visibles, principalmente en los países donde los trabajadores no disfrutaban de la “sociedad del pleno empleo”.

A partir del presupuesto de que muchos trabajadores y trabajadoras no sólo nunca han pasado por los pupitres escolares, sino que además han sido expulsados o nunca han conseguido ingresar en el llamado “mundo de la economía formal” o “mundo del mercado del trabajo formal”, desarrollaremos algunos supuestos teórico-prácticos:

a) Los conceptos de “economía formal” y “economía informal” no son suficientes para explicar la complejidad de las relaciones sociales frente a los procesos de globalización de la economía (no sólo de bienes materiales, sino también simbólicos). Hace falta el concepto de economía popular, que nos ayuda a comprender las transformaciones en el mundo del trabajo.

- b) El trabajo por cuenta propia (individual o colectivo) es una alternativa a la crisis del trabajo asalariado; es también un mecanismo para favorecer la reestructuración productiva y la flexibilización de la relación entre capital y trabajo.
- c) Aunque se produzca en el interior mismo de la sociedad capitalista, la economía popular puede contener los gérmenes de una nueva cultura del trabajo, elemento constituyente de un nuevo modo de producción de la existencia humana (al revés de lo que sucede en el modo de producción capitalista).

Lo técnico y lo político en la educación popular y en la economía popular

Desde la perspectiva de la emancipación de los sectores populares, han sido pocos los estudios que han intentado, de forma profunda, articular la educación popular con la problemática de la relación trabajo/educación. El desafío que se nos presenta es cómo articular los dos campos de conocimiento y de acción a través de un proceso práxico (es decir, de teoría-práctica) que redimensione la cuestión de la racionalidad económica a la vez que la racionalidad educativa.

Para los trabajadores que no tuvieron acceso a una educación básica de calidad, y que históricamente han estado relegados a las tareas de ejecución, el tema de la viabilidad económica de sus emprendimientos les preocupa sobremanera, y constituye, hoy por hoy, un importante contenido programático en los cursillos de capacitación.

Uno de los problemas de los trabajadores asociados es, sin duda, su escasa familiaridad con las prácticas de administración y gestión, y la manera como han abordado las cuestiones económicas y financieras. Pero no sólo los trabajadores asociados, sino también nosotros (los “intelectuales”, los “técnicos”, los “educadores”), seguimos enfrentando la dificultad —y a la vez el desafío— de relacionar la teoría con la práctica, de articular lo técnico a lo político, de manera que podamos reflexionar acerca de una



Fotografía: Erik Sánchez.

nueva cultura del trabajo que no se quede en las nubes, sino que pueda materializarse, paulatinamente, en lo cotidiano de los grupos.

Ahora bien, es a lo largo del proceso de trabajo, y de otras instancias de producción de su existencia, que los trabajadores elaboran sus preguntas, buscan las respuestas y vuelven a reelaborar las preguntas, confrontando cotidianamente las condiciones objetivas y subjetivas del mundo vivido con el mundo soñado. En este sentido, no podemos hablar de la importancia de un estudio, sino de la necesidad de aprender a hacer muchos estudios de viabilidad, en que las preguntas y respuestas se presenten *permanentemente* a los trabajadores, en un proceso en que la praxis productiva se constituya como principio educativo.

También es necesario considerar que las preguntas que los trabajadores asociados se hacen a sí mismos no pueden ser concebidas como si sus respuestas se situaran en el campo técnico propiamente dicho, pues el contenido y la forma como se pregunta nunca es neutra, por más que uno así lo pretenda, sino que presupone un determinado tipo y grado de compromiso del sujeto con el objeto en cuestión. Es decir, no se trata simplemente de decidir sobre esto o aquello, sino de descubrir lo que todavía está oculto en lo cotidiano, buscando soluciones

técnico-políticas que provisoriamente puedan dar respuestas a lo que es difícil y contradictorio. En otras palabras, el esfuerzo para tornar viable un emprendimiento presupone un estudio sobre la posibilidad de que, técnicamente, los trabajadores puedan tornar viable su proyecto político. La búsqueda de una praxis que contemple la unidad entre los objetivos económicos y los objetivos sociales es, justamente, la llave de la educación de los trabajadores, la cual es comprendida como proceso permanente y como resultado provisional de acción/reflexión/acción.

Si se pretende combinar la eficiencia con un proceso democrático, participativo, transparente y solidario, hay que preguntarse qué democracia queremos y qué entendemos por solidaridad. Si bien la definición acerca de “qué es lo que los trabajadores van a producir”, por ejemplo, va a depender de un “estudio de mercado”, las preguntas centrales serían: ¿quiénes serán beneficiados con el producto?, ¿cuáles son las necesidades reales de la comunidad local?, ¿en qué medida es posible atender las necesidades de la comunidad?, ¿de qué maneras?

Las respuestas a las preguntas ¿a quiénes les vamos a vender?, y ¿merece la pena producir?, además de tener como referencia qué es lo que los trabajadores entienden por necesidades humanas, presupone la comprensión de los conceptos de valor de uso y



Fotografía: Ariel da Silva.

valor de cambio y de las razones por las cuales en el capitalismo el segundo se sobrepone al primero, provocando el despilfarro y la degradación del planeta.

A diferencia de los procesos de "autoayuda" impartidos por los gobiernos, empresarios y por otros que se dicen a sí mismos "aliados" de los excluidos del mercado formal de trabajo, el objetivo de la educación popular no puede ser el de contribuir para "aliviar la pobreza", y tampoco ajustar las "competencias básicas" de los trabajadores para que consigan competir en el mercado, sin considerar sus necesidades reales e inmediatas. La educación popular, al contrario de la "educación bancaria" (definida por Paulo Freire como aquella en la que el educador "llena la cabeza" del alumno con contenidos que éste debe memorizar), tiene como uno de sus objetivos cuestionar la actual lógica excluyente del mercado y, a la vez, crear alternativas para ella. Así que, vinculando éstas y otras preguntas descubrimos, a través de un proceso de acción-reflexión-acción, qué es el mercado y advertimos también que existen otros mercados que se basan en relaciones de cooperación, reciprocidad, etcétera.

Desde la perspectiva de la constitución de un mercado solidario es preciso preguntar: ¿quiénes son los consumidores que los trabajadores van a

privilegiar?, ¿los del centro comercial o los de la comunidad?, ¿es posible insertarse en la esfera del mercado de intercambio y al mismo tiempo en la esfera del mercado solidario?, ¿con qué criterios? Además, ¿cuáles son las implicaciones políticas de los diferentes tipos de relación productor-consumidor en el proceso de circulación de mercancías? Contestar a estas preguntas presupone no sólo un aprendizaje técnico, sino también la definición y redefinición de un proyecto político respecto de la posibilidad de, en el interior mismo de una sociedad de mercado, establecer relaciones sociales y económicas de nuevo tipo.

Es indiscutible que los trabajadores asociados precisan dominar las operaciones básicas para hacer las cuentas, evaluar cuál es la actual situación económica y proyectar las metas de producción y comercialización que garanticen la remuneración de sus integrantes y el mantenimiento de la propia unidad económica. Pero, además, necesitan formación política para definir los tipos de inversión que serán necesarios para ello: ¿las inversiones provenirán de instituciones de beneficencia?, ¿serán consideradas como aportación de capital o como aportación de fuerza de trabajo? Si para los teóricos de la economía popular parece obvio que la elección

de un determinado tipo de inversión interfiere, y a la vez condiciona, las relaciones entre los actores económicos, no necesariamente está claro para los trabajadores cuáles son las condiciones objetivas que materializan las contradicciones entre capital y trabajo. En la práctica, tampoco está claro cómo el trabajo puede volverse el factor de producción que da sentido y determina los demás factores de la producción.

Para obtener una producción planeada los trabajadores necesitan elegir las máquinas y equipamientos, lo que, a su vez, presupone conocimientos mínimos sobre los medios de producción, el desarrollo tecnológico y los significados de la relación ser humano/instrumentos de trabajo. En este proceso educativo tampoco es posible olvidar los presupuestos de la división social y técnica del trabajo y la cuestión de la socialización de los conocimientos: los dispositivos tecnológicos, así como la forma como se organiza la producción y se distribuye el trabajo es lo que va a permitir, o no, la socialización del saber *in locus*.

Otro aspecto a considerar en un proceso educativo que redimensione la racionalidad económica es: ¿cómo pensar en una gestión cooperativa que garantice, horizontalmente, el ejercicio de hablar, escuchar, dudar, criticar, sugerir y decidir? ¿Cómo puede favorecer el estilo de participación que todos y todas, y no sólo algunos, se asuman como dueños del proceso de producción? Para que el colectivo de trabajadores pueda, de hecho, dirigir y controlar a aquellos que transitoriamente los representan, ¿cuáles serían los contenidos técnicos y políticos de una “educación productiva” y permanente, que se desarrolle en el interior mismo de las organizaciones de economía popular?

En lo cotidiano de la producción, ¿es posible ir más allá del trabajo polivalente, promoviendo un proceso en que todos —y no solamente algunos— sean capaces de comprender los principios fundamentales de la gestión, teniendo acceso a los conocimientos necesarios que les permitan también cuestionar, opinar, proponer cambios... en fin, decidir sobre cuál es el tipo de gestión administrativa, financiera y jurídica que mejor coincide con los intereses colectivos?



Fotografía: Ariel da Silva.

Educación de personas adultas: por una pedagogía de la producción asociada

Para reflexionar sobre las bases de las pedagogías de los emprendimientos económicos populares es necesario considerar tres presupuestos: en primer lugar, en la búsqueda incesante para “ganarse el pan de cada día”, el trabajo se torna no sólo un principio educativo, sino también un fin educativo. Los trabajadores han aprendido en la “escuela de la vida” que no es suficiente reivindicar frente al Estado sus derechos mínimos de ciudadanía; el abandono del Estado respecto a las necesidades básicas de alimentación, vivienda, educación, etc., han repercutido en la construcción de una “ciudadanía activa” que va más allá de la protesta y de la reivindicación.

El segundo presupuesto es que los hombres y mujeres transforman la realidad mediante la praxis. Incluso sin tener acceso a la escolarización básica,

la estructura de la división del trabajo —incluyendo ahí los procesos de discusión, participación y decisión— es lo que permite ampliar en mayor o menor grado los saberes sobre el mundo del trabajo y la vida en sociedad, así como en la “pedagogía de la fábrica capitalista”, en la medida en que los integrantes de estas unidades económicas aprehenden los conocimientos específicos para producir los bienes materiales para su supervivencia, aprehenden también los valores y los comportamientos que son necesarios para el establecimiento de determinadas relaciones de producción.

El tercer presupuesto es que, como nos indica Razeto (1993), ninguna economía se hace solidaria porque las personas sean buenas o generosas, sino cuando el trabajo y la comunidad se vuelven los factores que determinan a todos los demás factores de la producción. La solidaridad solamente se puede convertir en un valor real en la medida en que se incorpore en la propia organización del trabajo. Así, el objetivo de la educación no es que los trabajadores asociados asimilen, de forma abstracta, los presupuestos filosóficos y políticos de una nueva cultura del trabajo o de una economía que se pretenda solidaria; no basta con idealizar una nueva cultura del trabajo o una economía popular basada en el trabajo participativo y solidario. Más que nunca, es preciso aprender a hacerla, a materializarla en el día a día de la producción.

Los procesos pedagógicos también se constituyen como un elemento de la cultura del trabajo, mediando las condiciones objetivas y subjetivas del proceso productivo. Tratándose de una empresa capitalista o de una organización económica popular, la dinámica de la producción es fuente de saberes, adquiridos y producidos en el proceso de trabajo. Pero la dura y cruda realidad es que los trabajadores no tienen la propiedad de las tecnologías de punta que les permitan aumentar su tiempo libre, y tampoco los fundamentos teórico-metodológicos que les permitan articular teoría y práctica, de modo que encuentren una forma más racional, y al mismo tiempo más humanizada, para colocar los medios de producción a su servicio.

Recomendaciones para la acción

1. El saber producido en las relaciones sociales que los hombres y las mujeres establecen en su proceso de trabajo es la fuente inspiradora de la relación trabajo-educación; sin embargo, la posibilidad de transformar la acción en acción-transformadora sólo podrá tomar cuerpo en la medida en que los trabajadores tengan asegurado, por lo menos, el derecho a la educación básica. Así que, como parte integrante de un proyecto que contribuya a volver orgánica la economía popular, nos corresponde formular propuestas de proyectos educativos que, articulados con la escuela y recuperando los presupuestos de la educación popular, sean capaces de contemplar a los trabajadores que no tuvieron acceso o no consiguieron permanecer en los pupitres escolares, y que frente a la crisis del empleo han intentado organizar sus propios emprendimientos.

Nos referimos a una perspectiva de calificación profesional que va más allá de “adecuar a los jóvenes y adultos a las necesidades del mercado” (mercado excluyente). Y que, sin dejar de considerar las relaciones económicas de intercambio (que hoy son hegemónicas en la sociedad capitalista), abra caminos para desvelar otros mercados, otras relaciones sociales cuya racionalidad no esté basada en la “reproducción ampliada del capital”, sino en la “reproducción ampliada de la vida” (Coraggio, 1995).

2. Creemos que, frente al problema del desempleo y el aumento de la pobreza, los programas de formación profesional no deben dejar de considerar la “vocación económica” de la región, aunque será preciso cuestionar en qué medida esta “vocación” (que en última instancia está determinada por la actual ‘lógica del mercado’), ha ocultado, y a la vez sofocado, otras vocaciones, en especial aquellas de los sectores populares. En otras palabras, ello implicaría un proceso de calificación profesional: a) íntimamente articulado con la red pública de educación, que contribuya a una amplia

- formación de los trabajadores; b) que la concejala municipal de empleo, trabajo e ingresos tenga a los movimientos populares como eje orientador de su acción; c) que fortalezca, en el interior del mercado global, el mercado específico de los emprendimientos populares asociativos (cooperativas, asociaciones, grupos de producción, etc.); y d) que contribuya a la creación de redes de producción, comercialización y conocimientos de los pequeños emprendedores que intentan sobrevivir dentro de la perversidad de la actual lógica del mercado.
3. Vislumbramos propuestas de acción que, al articular trabajo y educación, puedan seguir los mismos caminos por los cuales muchos trabajadores han intentado organizar sus emprendimientos asociativos: articularse con la comunidad local y con los movimientos populares. En otras palabras, percibimos un proceso educativo que tiene como punto de partida la acción-reflexión-acción y la sistematización de las actividades cotidianas del trabajo y de la vida, teniendo como punto de llegada la búsqueda de nuevos valores y prácticas que permitan transformar las relaciones de convivencia en la comunidad donde el emprendimiento económico se localiza.
 4. Para los educadores que al mismo tiempo asumen la postura de investigadores, el desafío es ir más allá de la “pedagogía de la fábrica”, popularizando el saber académico, sistematizando el saber popular y construyendo con los trabajadores una “pedagogía de la producción asociada” que contribuya a la constitución de una “sociedad de los productores libres asociados”. Obviamente, no se trata de sustituir el saber popular por un saber “superior”, y tampoco de transferir a los emprendimientos populares la responsabilidad de socializar y sistematizar el conocimiento, dado que éstas son responsabilidades que competen a la escuela. Al contrario, se trata de repensar la escuela y de ampliar los espacios educativos que promuevan nuevos saberes y nuevas prácticas sociales. Para ello, uno de los puntos de partida es comprender las iniciativas populares como
- instancias educativas, aprendiendo con los trabajadores las formas como ellos están intentando gestionar sus emprendimientos, teniendo en cuenta sus expectativas de vida y de sociedad.
5. No se trata de que la economía popular se concrete en un simple contenido programático, sino que constituya más bien uno de los ejes de la educación popular, y para ello es importante considerar que la articulación trabajo-educación no se agota en los espacios formales de producción y socialización de conocimientos, ni en una escuela donde el maestro “prescribe” el saber acumulado y los alumnos, desde los pupitres, lo asimilan (o no). Igualmente, por más que el proceso educativo —al contrario de la concepción “bancaria”— favorezca el encuentro y la confrontación entre los diferentes saberes, tampoco es suficiente un espacio formal de aprendizaje. Además, sería una ingenuidad imaginar que los “maestros” y “técnicos” tienen una larga experiencia sobre los dilemas y desafíos de la economía popular, y que por lo tanto estarían aptos para asesorar a los trabajadores respecto de los rumbos técnicos y políticos de sus proyectos de vida y de trabajo. Pensamos que el proceso *in locus* de constitución de nuevas relaciones sociales y económicas es una instancia educativa no sólo para los trabajadores asociados, sino también para los educadores, lo que nos lleva a reafirmar que la articulación entre trabajo y educación se extiende, necesariamente, a los procesos educativos que se configuran en lo cotidiano de la producción.
 6. Si la educación de adultos debe ser esencialmente presencial, en la práctica esto se ha traducido en que los trabajadores asistan a la escuela para sistematizar sus conocimientos, y buscar allí nuevos saberes que contribuyan a dar sentido a su trabajo y a la vida en sociedad. Sin embargo, lo nuevo también estaría en la presencia de los educadores en las organizaciones económicas populares (no exactamente como trabajadores asociados, sino como “trabajadores intelectuales”) para que colectivamente, y “a pie de obra”, descubran una nueva manera de hacer y concebir el mundo

de la producción, buscando las soluciones técnicas y políticas para la viabilidad de una economía que pueda materializarse en los intersticios de la sociedad capitalista. La teoría se produce en consonancia con la práctica; una nueva práctica produce un nuevo conocimiento, en un proceso en que el propio educador debe ser educado. El problema radica en cómo articular las diferentes redes de producción de conocimientos y de nuevas prácticas sociales: escuela, universidad, ONG, asociación de vecinos, emprendimientos populares; cómo construir orgánicamente esta relación; hacia qué cultura del trabajo y hacia qué proyecto de sociedad.

Lecturas sugeridas

CABELLO, JOSEFA (1997), "La acción educativa como proyecto cultural y social", en J. Cabello (coord.), *Didáctica y educación de personas adultas*, Algibe, Málaga, pp. 17-33.

<http://www.terras.edu.ar/jornadas/17/biblio/17SANCHEZ-SANCHEZ-Jose-Maria-cap-2-Los-alumnos-El%20mundo-social.pdf>

CORAGGIO, JOSÉ LUIS (1995), *Desarrollo humano, economía popular y educación*, Buenos Aires, Rei Argentina/Instituto de Estudios y Acción Social/Aique Grupo Editor.

FREIRE, PAULO (1975), *Pedagogia do oprimido*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.

<http://www.ensayistas.org/critica/liberacion/varios/freire.pdf>

RAZETO, LUIS (1991), *Empresas de trabajadores y economía de mercado*, Santiago de Chile, Programa de Economía del Trabajo-PET.

<http://www.luisrazeto.net/content/2-esencia-objetivo-econ%C3%B3mico-y-caracter%C3%ADsticas-de-la-empresa-cooperativa>

RAZETO, LUIS (1993), *Los caminos de la economía de solidaridad*, Santiago de Chile, Vivarium.

<http://www.luisrazeto.net/content/los-caminos-de-la-economia-de-solidaridad>

Notas

* Este texto es una adaptación del artículo "Educación popular y cultura del trabajo: pedagogía-s de la calle y pedagogía-s de la producción asociada", *Diálogos Educación y Formación de Personas Adultas*, Barcelona, pp. 13-19, 2002.

** *Bóia-fria* es la forma popular de hacer referencia a la comida (*bóia*) que ingieren los jornaleros en su lugar de trabajo, sin poderla calentar.

“Lo que aprendemos a hacer lo aprendemos haciéndolo”

Aristóteles, filósofo griego, 384-322 a.C.